

Carolina, Docta de la Basura

por Angel Rama

Las lágrimas de los pobres convulsionan a las postas. No amanecen a las postas de sañón, pero sí a las postas de la basura.

• Cuando, en un pequeño círculo, se pone a cantar sus propios poemas musicados sobre ritmos de zamba, o abruptamente echa a reír por una anécdota con la participación gozosa de todo su cuerpo, aparece otra Carolina María de Jesús, que no tiene que ver con este lanzamiento publicitario estrepitoso que su traductora confiesa haber aprendido en San Pablo, del que Carolina participa con la tensión del niño aplicado firmando millares de libros por semana con dificultosa caligrafía, y que corresponde a esa voluntad de "ser distinta" que explica obra y vida. Una mujer que se parece a otras mujeres, con similares problemas y con planes que responden a la sensatez y al egoísmo de una pequeña burguesía en dificultades económicas. Y esa imagen es más real y valerosa que aquella hipostasiada que la transforma en una Santa Juana de las Favelas.

Cuando pasa sus ojos escudriñados por periodistas y críticos y los desorienta tomando notas en uno de los dos cuadernos que la acompañan siempre, cuando deja caer alguna pregunta comprometida —las políticas riesgosas: ¿Qué piensa de Fidel?— o contesta con jocosos picardías —"Las ideas políticas en el Brasil sólo se usan para ganar las elecciones"—, puede pensar que ha alcanzado una batalla de largos años para desprenderse de su medio, aunque ahora quizás está decepcionada. ¿Por qué? "Tejos me vienen a pedir dinero para algo. Yo no presento que iba a pasar esto."

Batalla que quizás haya empezado en su infancia, en la pequeña localidad de Sacramento, cuando hizo sus dos únicos años de primaria, o en su adolescencia como doméstica, o en su época posterior al exilio, cuando fundamentalmente en el decenio en la favela de Canindé, con sus tres hijos, luchando contra el hambre. Porque cuando los hijos se espían, no se encontrará solamente con una "favelada" para quien los días se repiten obsesivamente iguales: despertarse de madrugada, ir a buscar el agua, preparar un magro desayuno, salir a revisar tachos de basura, recoger papeles y hierros, venderlos, mendigar desechos en el Frigorífico o en los basurales, solucionar la comida de ese único día y, al siguiente, recomenzar. Encontrará también la voluntad resultada de ser "distinta" de los demás favelados, exactamente ser "superior": no beber pinga, no acostarse con hombres delante de los hijos, hacerse respetar, educar a los hijos con firmeza, demostrar a los demás su valor. Esta voluntad es la que hace su orgullo y para serviría encuentra dos armas: primero su lengua ("No tengo fuerza física, pero mis palabras hieren más que la espada") y luego su escritura: "Cuanto estoy nerviosa no me gusta discutir, prefiero escribir". Las vagabundas de la favela me están viendo escribir y saben que se contra ellas: resolvieron dejarme en paz".

Lo afirma cada página a página: una su diario como amenaza, y el prestigio de la letra, escrita surte en ese mundo su efecto, porque son muchas las que vienen a pedirle que las saque del libro, e incluso el padre de su hija Vera le confiesa humildemente: "Te agradezco porque me estás protegiendo y no aparece mi nombre en tu diario". Para la favela ese diario privado convierte en la creencia infamante, una especie de "infierno" del que Carolina es dueña, como un Dante amenazador. Porque aunque se ha habituado mucho de testimonio humano con respecto a este volumen —que es apenas la vigésima parte de lo que escribió Carolina en la favela de Canindé— se trata de un testimonio parcial beligerante, ya que da fe de una constante pugna y es la consecuencia de una actitud casi venenosa: "Voy a escribir un libro referente a la favela. Voy a citar todo lo que me pasa. Y todo lo que ustedes "me" hacen. Yo quiero escribir el libro y ustedes con estas escenas desagradables me proveen los argumentos". No es raro que alguna vez, con fatigado gesto, exclamen: "Estoy nevada. No estoy resentida. Ya estoy habituada a la maldad humana".

No es nada raro tampoco que los favelados de Canindé no lo hayan reconocido y que para visitar su antigua residencia, Carolina deba ir acompañada de la policía. No sólo porque ha hablado de ellos poniendo nombre y apellido a cada una de sus terribles anécdotas, sino además porque Carolina, capaz de comprenderse a sí misma y a sus hijos —a quienes defendiendo siempre se sospecha que cometen las mismas trapeceras que los demás niños— es en cambio incapaz de comprender la miseria espiritual de los otros: es incapaz de sentir piedad por ellos. Les ha tenido demasiado cerca,

quizás. Y lo paradójico es que son esas vidas, contadas implacablemente, las que explican el éxito del libro, al conseguir lectores piadosos como los estudiantes brasileños que han fundado el Movimiento Universitario de Desfavorecidos.

No es novedad la existencia de algunos cálculos que en ciudades como Río de Janeiro casi la tercera parte de la población vive en estos cantegriles. No es novedad el hambre, aunque quizás este hambre no evoca suficientemente su realidad plena. La novedad radica en que sea la hambrienta que se alimenta sin poder sino educador ni modificar lo que ha vivido. Cuando Carolina como unos fideos de la basura, lo hace con miedo, recordando aquel negro que delante suyo recogiera carne del basural: "Traté de convencerlo de que no comiera esa carne. Que comiera el pan duro roído por los ratones. Me dijo que no. O sea hacía dos días que no comía. Encendí el fuego y asé la carne. Pero el hambre era tanto que no pudo dejar así la carne. La carne se cocinó. Para no presentarse aquel cuadro, así pensaron: santa que no pudo dejar así la carne, presentarse al otro día encontraron al negro muerto. Los dedos de su pie se abrieron. El espacio era de veinte centímetros. Se hinchó como si fuera de goma. Los dedos del pie parecían un abanico. No tenía documentos. Fue sepultado como un cualquiera. Nadie intentó saber su nombre. Los marginales no tienen nombre". Si el hambre aprieta, no hay sentimiento que valga, y quizás Dante cuando escribía su Ugolino era un optimista: "Como el dinero no alcanza para comprar carne hice macarrones con zanahoria. No tenía grasas. Quedó horrible. Vera es la única que se queja y pide más. Y pide: —Mamá, vendámela a Doña Julia, porque ahí tienen comida buena".

De esa miseria —el hambre, zapatos, el techo que se llueve, la enfermedad— se pasa cómodamente a la corrupción moral sobre la que Carolina insiste hasta el odio. Algún ejemplo: "Tuvo seis hijos: tres de Manolo y tres de otros. Tuvo un chico que podía leer cuatro años. Pero un día se embriagó y pelearon y lucharon dentro de la casa. La lucha fue tremenda. El barracón oscilaba. Las casacas caían haciendo ruido. En la confusión el chico se cayó al suelo y lo pisaron. Pasados unos días se dieron cuenta que el chico estaba todo quebrado. Lo llevaron al Hospital de Clínicas. Allí lo ingresaron. Pero los huesos no se consolidaron. El chico murió". Borrachera, peleas, promesas, robot, son el único pan nuestro de-cada-día en esta favela que pinta Carolina, donde cada uno, y desde luego ella, luchan por sí exclusivamente y, a veces, para sus más allegados. Ningún parecido con la solidaridad que respiraba la obra juvenil de Guarrieri. Ellos no usan smocking que conocimos aquí.



Muchas escenas de parecida índole han sido cortadas al publicarse el libro, nos dice Carolina que por su voluntad y por ser "demasiado perversas", "demasiado pornográficas". Sabemos a que se referían: fundamentalmente a temas sexuales, desviaciones, suicidios, incluso la escena en que un hombre intenta la violación de su pequeña hija Vera.

Es un testimonio en bruto: una cantera de materiales varios, parejamente sublevantes, y hasta la actitud del narrador puede utilizarse como testimonio, para justipreciar el grado de ingenuidad que puede despertarse en estas condiciones de vida. Si embargo, un lector atento puede observar los innumerables casos de ayuda generosa que se apuntan al pasar y que el autor no valora en su importancia; ellos quizás permitan otra visión menos orgullosa y cruel de esta realidad. Pero para eso habría que consultar a los favelados de Canindé y no a este ángel exterminador como se pintaba Carolina antes de cultivar la caridad como hace ahora en otras favelas.

Hay otro aspecto que interrogar: ¿Carolina María de Jesús es un escritor? Esa esperanza de que aparezca de pronto alguien, ajeno al mundo de la cultura, y por gracia infusa sea capaz de una creación, ¿se cumple en ella? Ser escritor es su ambición, y lo que realmente hace cuando el periodista Dantas la conoce es llenar libretas con "novelas, cuentos y proverbios" formando lo que ella llama "La Antología". Allí habría sin duda esfuerzos de la realidad y confesiones personales, pero puede atribuirse al buen ojo periodístico de Audalio Dantas la realización sistemática de este libro. "Un zapatero me preguntó mi libro es comunista. Le respondí que es realista. Me dijo que no es necesario escribir la realidad". Puede que no lo sea, pero esa es la carta de triunfo de este libro: la sequedad expositiva, la concisión —no sabemos hasta qué grado es obra de las ideas

(Pasa a la Pág. 15)

Carolina, Poeta de la Basura

(Viene de Pág. 11)

de Dantas—, el respeto humilde por los datos, incluso su escasez afán interpretativo. Su valor como documento se ve realzado por estas virtudes que pertenecen a lo literario aunque aquí no lleguen a ser literatura.

La cultura de Carolina se ha hecho con lectura de diarios y libros de kiosko. Ella se autodenomina "un poeta de la basura". Ahora se está haciendo una biblioteca, para la cual ya se compró *El mundo maravilloso*, *Las mil y una noches*, *Los miserables*, *Lo que el viento se llevó*. No conoce la obra de ningún novelista brasileño e interrogada sobre los escritores del país sólo recuerda a Castro Alves. Sabe que para el mundo intelectual es "una curiosidad, una cosa rara, nada más". Su actitud ante la creación es singular y la emparenta con los escritores proletarios: en todo su libro encuentro sólo dos veces expresiones populares vivaces; voluntariamente recurre a un lenguaje que no es el suyo, un lenguaje pretendidamente culto—en verdad escolar y hasta preciosista ("el astro rey")— y cuando escribe sus poemas el único problema artístico que la desvela es la consonancia de las rimas: "suenan igual la primera y la segunda" le aclara a la profesora Virginia Wey que nos lee uno de sus poemas.

Lo que quiere es pintar realidades y transmitir sus conceptos sobre las cosas, tal como estila el autodidacta de origen popular: es así que el retrato cáustico de la favela va acompañado del retrato más duro aún de los políticos que usan de ellos en visperas electorales: "El pueblo no sabe rebelarse. Deberían ir al Palacio de Ibirapuera y a la Asamblea y darles una zorra a esos políticos groseros que no saben administrar su país. O esto, más grave: "En nuestro país todo se está debilitando. El dinero es débil. La democracia es débil y los políticos más aún. Y todo lo que está débil, muere un día".

Un solo político se salva, Adhemar de Barros, en mérito a ese teléfono al cual se lo puede llamar en cualquier hora para pedirle desde comida hasta zapatos, —una idea para nuestros demagogos— pero cuando el hambre aprieta todavía más, esta adhemarista grita: "quiero matar a Janio, quiero colgar a Adhemar y quemar a Juscelino".

Si realidad y crítica son los dos dientes que aseguran el interés por este libro, la aparente pérdida de ellos puede condenar la carrera de escritora de Carolina, quien no tiene otros dones para reemplazarlos: ya su *Casa de material*, recientemente publicada en el Brasil, no ha interesado, y la lectura de los poemas o el conocimiento de las tres novelas "pero de ficción" explica, que está escribiendo simultáneamente —*El esclavo*, *Maria Luis*, *Silvio*— no contribuyen a fortificar la esperanza. Ocurre que es la favela esa visión distinta, dolorosa y seca que hace la atracción de su libro y que se tipifica en la frase que le sirve para titularlo: "Cuando estoy en la ciudad tengo la impresión que estoy en la sala de visitas, con sus arañas de cristales, sus almohoras de terciopelo y sus almohadas. Y cuando estoy en la favela tengo la impresión que soy un objeto fuera de uso, digno de estar en un "cuarto de desperdicios".

Ese "desperdicio" gritó, con un grito muy lleno de errores pero auténtico, y fue oído. Mañana quizás escriba las novelas modernas de la Invernizio y los mismos que hoy la pasean como una "curiosidad" la olviden. Sería más grave que también se olvidara su grito. Que a Carolina no se le ocurra otra cosa que hacer un poco de caridad con los millones de cruzeiros ganados, entra en la lógica de su formación e ideas. Que las otras "aves rapaces" fomenten esos juegos de salón y que ya algún frívolo diga que si todos los favelados fueran como Carolina pronto no habría favelas, es más indigno pues agrega la hipocresía al hambre. Quizás sea como ponerle la mecha encendida al polvorín.